





PUBLICACIONES

DE LA REAL



JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

— XXXIV —

LAS SOLUCIONES CRISTIANAS  
AL PROBLEMA SOCIAL

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

D. SANTIAGO GUALLAR POZA

Canónigo de la S. I. M. de Zaragoza

1921

EDITORIAL REUS (S.A.) MADRID







1 LXXXII  
H-14

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA  
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

XXXIV

LAS SOLUCIONES CRISTIANAS  
AL PROBLEMA SOCIAL

CONFERENCIA

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

D. SANTIAGO GUALLAR POZA

Canónigo de la S. I. M. de Zaragoza

---

Sesión del día 7 de Febrero de 1921

---

MADRID

EDITORIAL REUS (S. A.)

Impresor de las Reales Academias de la Historia  
y de la de Jurisprudencia y Legislación.

CAÑIZARES, 3 DUP.<sup>o</sup>

1921

---

**ARTÍCULO 66 DE LAS CONSTITUCIONES:**

Los trabajos que publique la Academia quedarán de su propiedad. Ningún trabajo realizado en la Academia podrá ser publicado sin autorización de la misma

---

---

Talleres tipográficos EDITORIAL REUS (S. A.)  
Ronda de Atocha, 15 duplicado. (651)



SEÑORAS, SEÑORES ACADÉMICOS:

### **Intervención del sacerdote en la cuestión social**

Al aceptar la honrosa invitación de esta Real Academia de Jurisprudencia, he tenido que vencer muchas resistencias de mi ánimo, acobardado ante la magnitud de la empresa. No me detenía, ciertamente, mi condición de sacerdote, porque es en mí creencia muy arraigada que el sacerdote puede y debe hablar en todas partes para llevar a todos, los esplendores de su fe y ensanchar el campo de su apostolado; y, principalmente, puede y debe hablar de las cuestiones sociales, y después de su intervención bienhechora y fecunda en estas luchas, ya no necesito justificarla como hacía Ketteler en el principio de su obra sobre la cuestión obrera y la Iglesia. Porque aunque son muchos los que quisieran alejar al sacerdote de estas cuestiones, los unos por odio y prevención a todo lo que es clerical; otros por miedo a la influencia que con esa acción social puede conquistar; otros, por creer estas cuestiones ajenas completamente a la Religión y a la Teología, y otros, en fin, por el temor de que en ese campo surcado por

la pasión y por el odio no se manche mermándose su prestigio y empañándose su dignidad; lo cierto es que puede y debe intervenir, porque así lo manda la autoridad de los Pontífices y de los Prelados; reanuda la tradición gloriosa de la Iglesia detenida por el absolutismo real y por el liberalismo materialista; cumple y da satisfacción a una obligación sagrada de un ministerio al cual honra y favorece preparando el camino para la conquista de las almas, y lleva a estos problemas, por sus conocimientos teológicos y por la mansedumbre de su misión, soluciones de paz y de justicia, ejerciendo una función moderadora, altamente provechosa y fecunda.

### **Aragón, corazón de España**

Además, señores, en mí concurre, sobre mi condición de sacerdote, mi filiación aragonesa, y este es un título que justifica y en cierto modo da algún valor a mis palabras; porque Aragón—permitidme esta manifestación de mi amor regional—, Aragón, que puede llamarse y es realmente el corazón de España, porque de él ha partido siempre la vida y la sangre de los sacrificios fecundos y de las resoluciones generosas y heroicas; que inició y llevó a feliz término todos los movimientos redentores en las grandes crisis y peligros de nuestra historia; que escribió sobre el sagrado Pilar, asiento de nuestra fe y piedra angular de nuestra cristiana civilización, la primera página de nuestra incomparable historia religiosa, sellada y confirmada por la sangre de aquellos márti-

res, que por ser tantos se conocen con un nombre que toca ya en los linderos de lo infinito, innumerables; que inició la reconquista en las peñas del Pirineo y aportó al acerbo de nuestro patrimonio espiritual los ricos tesoros de su fe robusta, de su heroísmo legendario, de su lealtad inviolable, de su amor a la libertad, a la independencia y a la justicia; que cual David a Goliaht derribó en el polvo al gigante de la fortuna; Aragón, señores, madre de la raza más viril y fuerte, más generosa, más leal y más abnegada, será también con su acción y con su ejemplo, el baluarte que detenga a las hordas de la revolución demagógica y sangrienta, y la tierra bendita donde brotaron primero y crecerán siempre con floración espléndida y exuberante, las perfumadas flores de las grandes instituciones y obras sociales. *(Muy bien, aplausos)*.

### **Obras, más que palabras**

Pero yo, señores, no puedo invocar otros títulos que justifiquen mi atrevimiento, la audacia verdaderamente temeraria de venir a ocupar esta Tribuna consagrada por los oradores más elocuentes y por los sabios más ilustres, y para hablaros a vosotros, que sois todos verdaderos maestros. Creedme, es tal la situación de mi espíritu, que si pudiera retirarme decorosamente, lo haría. Por otra parte, señores, yo estoy convencido plenamente de la inutilidad y de la esterilidad de mi palabra, ya porque todo lo referente a la cuestión social se ha dicho tantas veces, y

repetido de tantas maneras, que todos los terrenos están roturados y todas las regiones exploradas y descubiertas, y por eso no esperéis que os descubra aspectos reservados, porque esto es privilegio del genio; ya, porque, a pesar de haberse dicho todo y haberse expuesto con una riqueza y una abundancia verdaderamente maravillosas todas las soluciones imaginables, sin embargo, el problema está en pie delante de nosotros sin resolver, como un enigma pavoroso y como una amenaza terrible. Y es, señores, que para resolver la cuestión social no bastan palabras, son necesarias obras; la acción debe prevalecer sobre la discusión, y más hace por su solución un hombre abnegado que se consagre al trabajo social, que mil oradores que traten este problema, como hace más por la defensa y por la gloria de la Patria el obscuro soldado que la ofrenda su sangre en la batalla, que el orador brillante que en la seguridad de una tribuna cante en magníficos párrafos su grandeza. (*¡Muy bien!*),

Antes de entrar en el desarrollo de mi tema, he de hacer una advertencia exigida por mi fe de sacerdote y de católico; y es que, si inconscientemente dijese alguna idea o alguna palabra que no se conformase en absoluto con las enseñanzas de la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, la doy por retirada y no dicha.

## Amplitud y oportunidad del tema

Vasto es, señores, el tema e imposible de condensar en los estrechos límites de una conferencia, teniendo que reducirme, por tanto, a hacer sobre él ligeras consideraciones; porque ¿cómo exponer en un breve discurso todas las soluciones sociales del Catolicismo? ¿Cómo exponer en breve espacio de tiempo las maravillas de la acción social católica, que en el fondo no es sino la acción moralizadora de la Iglesia, las maravillas de esa acción que trabaja para procurar seguros y eficaces remedios a la presente situación social, llena de amenazas y de peligros; que pretende reconstruir desde su base todo el edificio social y restaurar la familia moral y materialmente; que evoca y resucita las antiguas asociaciones profesionales y reorganiza el trabajo, el salario y la repartición de la riqueza; que explica el verdadero concepto de la propiedad, señala sus deberes y la infiltra ese espíritu de justicia y caridad cristiana, que es el que debe regular todas las relaciones sociales y dar vida, consistencia y acción a todos los organismos populares, y por medio de esto, y como finalidad de todo esto, pretende la restauración de todas las cosas en Cristo, base y fundamento de la verdadera civilización y del verdadero progreso de la humanidad?

Pero, señores, si es vasto el tema, es también oportuno, y yo creo que necesario en estos tiempos; porque en esta época, que ha sido teatro de tantas

cosas extraordinarias, una cosa me extraña y entristece sobre todas las demás, y es la desconfianza, mejor dicho, la animadversión y el odio que se ha encendido en el corazón del pueblo contra la Iglesia. No sólo se le ha hecho creer que la Iglesia nada hace en favor suyo y que todas las obras y empresas de redención, de mejoramiento moral y material, son obras de los enemigos de la Iglesia; sino que, siniestros calumniadores, con miras interesadas y aviesas, le han presentado a la Madre Iglesia bajo los rasgos de una madrastra, amparadora de la tiranía y de los privilegios de las clases conservadoras y burguesas. ¡Pobre pueblo! ¿Cuándo despertarás y conocerás que la Iglesia es la única que se ha ocupado de tu redención y de tu suerte, la única que ha trabajado leal y eficazmente por tu bienestar?

Y, ciertamente, señores, siempre ha existido la cuestión social. Los esclavos de la antigüedad no eran sino proletarios, y los patricios, capitalistas; los siervos de la Edad Media no eran más que proletarios, y los señores feudales, capitalistas; y siempre la Iglesia ha trabajado por la redención del obrero, por la causa de la justicia, por la paz de la humanidad.

### **Acción bienhechora de la Iglesia**

En un principio, la Iglesia recogió aquellas ideas de libertad, de fraternidad y de vida que brotaron de la boca del Salvador, y las arrojó como una semilla, como un fermento divino, en los senos de la humani-

dad corrompida y extraviada, germinando un pueblo nuevo, saliendo de las entrañas de la humanidad regenerada por la virtud del Evangelio, ese ser que se llama obrero, desconocido del paganismo, que sólo tenía esclavos. Ella le devolvió el primero de todos los dones, el honor, ennobleciéndolo y como divinizando por el ejemplo de Cristo, de los Apóstoles, de los Obispos y de los Monjes consagrados al trabajo manual, que ha obtenido en la sociedad cristiana el rango que el paganismo le había rehusado, llegando a ser ocupación de las manos más ilustres y una fuente de verdadera nobleza.

Ella, en aquella sociedad aristocrática, asentada sobre el privilegio y la casta, que negaba al pueblo el acceso a los altos cargos y honores, no dudó en llamar a los hijos de los obreros y consagrarlos sacerdotes, elevándolos, si tenían virtudes y genio, hasta el trono más alto del mundo, el Supremo Pontificado, y coronándolos sobre sus altares con la diadema de la santidad y de la gloria. Ella reivindicó el salario de que el esclavo carecía, diciendo a los ricos por la boca de Santiago: «Es tiempo de que lloréis, porque el salario de los que han trabajado para vosotros, y del cual por vuestra injusticia no han recibido nada, este salario clama contra vosotros, y este grito llega hasta los oídos del Dios de los ejércitos.» Ella tomó al hombre del pueblo, al parásito, al esclavo, al gladiador del Circo, y al mismo tiempo que los bautizaba, los arrancaba a la ociosidad y a ocupaciones peores que la ociosidad misma: «ya no roban, ya no matan, ya no destruyen, ya no son his-

triones dedicados a ganancias vergonzosas, dice San Agustín, producen honradamente lo que es necesario para las necesidades de los hombres.» Ella levantó aquellas Abadías y Monasterios, que eran no sólo asilos de recogimiento y oración y templos de la ciencia donde se refugiaron las medrosas y pacíficas letras espantadas por el fragor y el ruido de los combates, y se conservaron las obras maestras de la clásica antigüedad, sino verdaderos talleres y granjas agrícolas donde residían familias enteras de artesanos y trabajadores y se enseñaba a los feroces bárbaros el cultivo de la tierra y a cambiar la espada por el arado: «las Corporaciones industriales deben su origen—ha dicho Bianchi—a la organización del trabajo en los Monasterios.» Ella dió al obrero el descanso y la alegría de sus fiestas, en las cuales acudía rodeado de sus hijos, a los hermosos templos, donde las maravillas de las artes y la magnificencia de nuestro culto le encantaban y transfiguraban, donde sentía venir a él el honor y el consuelo, considerándose hijo de Dios, hermano de Jesucristo e igual a todos, donde cantaba a la mañana con el viejo credo de sus padres, el himno de su libertad, y a la tarde en el oficio de vísperas repetía las palabras del Profeta-Rey: «Alabemos al Señor, porque ha mirado al pobre en su polvo y le ha colocado entre los Príncipes de su pueblo», donde su espíritu se fortalecía para volver al trabajo con el cuerpo reposado, la inteligencia iluminada de claridades soberanas y el alma embalsamada con los perfumes y encantada con las armonías de los Cielos. Ella organizó el mundo del



trabajo, creando, inspirando, dirigiendo aquellas Corporaciones, aquellos gremios, aquellas instituciones que hoy se presentan como una novedad. Ella, en fin, resolvió el problema social, creando aquella organización admirable de la sociedad, en la cual, así como en los edificios de arquitectura armónica hay diversos pisos que se apoyan los unos sobre los otros sosteniéndose mutuamente, de la misma manera en aquel maravilloso edificio social, construido por las manos de la Iglesia sobre los cimientos de la Fe y con la argamasa de la Caridad, había diversos Estados que se apoyaban los unos sobre los otros, uniéndose en una armonía perfecta y fecunda. (*Aplausos.*)

### **Labor destructora de la revolución**

Pero vino, señores, la revolución, y al sacudir con sus airadas y violentas manos el edificio social, echó por tierra esta secular y armoniosa disposición, quedando sólo en pie sus muros desconchados y ruinosos. Luego hemos restaurado lentamente el edificio tan brutalmente devastado, pero sin reconstituir el viejo plan laborioso y un poco complicado; los materiales continúan con ludibrio esparcidos por el suelo, los tabiques permanecen rotos, y en nuestro actual edificio social no hemos establecido más que un piso con dos habitaciones: el pueblo y la burguesía, los ricos y los pobres, los patronos y los obreros, y entre estos dos vecinos está declarada la guerra, una guerra que amenaza la vida de la sociedad.

## Causas de la lucha social

Debido, dice el inmortal Pontífice León XIII, a la pérdida de la fe, de esa fe que endulzaba la suerte de los pobres, mostrándoles a través de las sombras de su vida miserable, el horizonte de otra vida mejor, iluminada por el sol de una felicidad completa y enseñándoles que su trabajo es el precio de una recompensa eterna e infinita, y recordándoles al rico y al capitalista, la dignidad eminente del trabajador, su hermano y no su esclavo, al cual debe considerar como un cooperador inteligente y libre que se asocia a su obra y no como un instrumento, como un motor animado, al cual se puede exigir la mayor suma de trabajo en las condiciones menos onerosas; debido a la alteración de las relaciones entre el patrono y el obrero, consecuencia inevitable de lo que se ha llamado gran industria, en la cual las fábricas, las minas y el taller han pasado de las manos del propietario, que sostenía relaciones constantes con sus obreros, con los cuales formaba una verdadera familia, en la cual el patronato era como una prolongación de la paternidad, a esas sociedades anónimas que desconocen al obrero, preocupándose únicamente de aumentar los dividendos que han de repartirse entre los accionistas; debido al enriquecimiento de unos pocos y al empobrecimiento de las masas producido por la organización económica moderna, por medio de la cual los reyes de la Banca, de la Industria y del Comercio, a manera de gigantescos pulpos extien-

den por todas partes sus largos y poderosos tentáculos, sus empresas, sus juegos de Bolsa, sus especulaciones atrevidas, absorbiendo las pequeñas fortunas en una proporción espantosa; debido a la corrupción de las costumbres, cáncer que devora las entrañas de la moderna sociedad, encendiendo en el alma del pueblo la fiebre de gozar y de poseer; debido a la idea y concepto más claro y elevado que de su persona y de su poder han concebido los obreros y a la organización, que uniéndolos ha multiplicado prodigiosamente sus fuerzas; debido a todas estas causas y a otras muchas que sería prolijo enumerar, la guerra entre las dos clases, los ricos y los pobres, los capitalistas y los obreros, se ha recrudecido de tal modo, que llena el mundo con el estruendo de sus combates y quizás esté próximo el día en que, chocando en una batalla gigantesca, llenen la tierra de sangre, de desolación y de ruinas.

### **Triste realidad**

Y, señores, no creáis exageradas mis palabras, porque no son sino manifestación muy pálida de una realidad espantosa. ¿No oís el ruido que viene de ese ejército? Es un inmenso alarido de odio: el odio al amo, el odio al rico, el odio a los dichosos. Yo veo, señores, esa lucha encarnizada, esa guerra sangrienta, ese odio implacable en todas partes; yo lo veo en esas doctrinas que llevan en su seno el germen de todas las divisiones; yo lo veo subir y crecer de día en día y de hora en hora, en las revistas, en los li-

bros, en toda esa prensa sectaria y pamfletaria, que en lugar de mejorar la opinión y encauzar y dar una dirección generosa al espíritu público, le engaña y extravía, halagando las pasiones malsanas y los instintos perversos de la plebe, y alentando las rebeldías contra los principios eternos de la justicia, la desesperación contra las pruebas inevitables de la vida y el odio contra las superioridades sociales; yo lo veo en toda esa caterva de criminales que, colocados detrás del pueblo, le deslizan en el oído cuanto puede encender y excitar sus pasiones; ¡malhechores cobardes que se parapetan detrás del pecho noble del obrero, como detrás de un muro de carne humana, esperando que en la revuelta no han de faltar despojos con que puedan engordar los ocultos jefes del movimiento! Yo lo veo en esas manifestaciones subversivas que se repiten a diario y cada día con más subidos tintes de desembozada rebeldía; en esos criminales y provocadores atentados; en los horrísonos estampidos de las bombas, que, resonando con aterradora frecuencia, parecen señales que anuncian el general levantamiento; esa guerra, esa lucha, ese odio, yo lo veo y lo siento... ¿Pero, para qué, señores, he de atestiguar su presencia entre nosotros, si todos los días somos testigos y muchas veces víctimas de sus trágicas y terribles explosiones?

Por esto, señores, la cuestión social es la cuestión que preocupa con preferencia a todas las demás.

## **El siglo XX, el siglo de las luchas sociales**

Cada siglo y cada edad tienen un carácter y una fisonomía propia; carácter formado y especializado por las ideas que han ocupado su pensamiento, por las preocupaciones de su orgullo, por los hechos de los cuales ha sido autor y por las pasiones que han hecho vibrar más fuertemente todas sus fibras. Y así el siglo XVI es el siglo de las luchas religiosas, el siglo XVIII el siglo de las luchas filosóficas, el siglo XIX el siglo de las luchas políticas y el siglo XX es el siglo de las luchas sociales. Han pasado ya los tiempos en que los hombres combatían por ideales políticos; hoy todos los pensadores, todos los gobernantes, todos los políticos dignos de este nombre luchan y trabajan en el terreno social, convencidos, además, de que los éxitos políticos son siempre la resultante, como decía el ilustre Conde de Mun, de los esfuerzos sociales,

### **El hecho económico.— La miseria del obrero**

Y, señores, ¿qué es lo que ha producido esta perturbación, este malestar, que ponen delante de los economistas y de los sociólogos el problema social, la cuestión social? Esta perturbación la ha producido un desorden, porque el orden engendra siempre el reposo y la paz. Examinemos los hechos que han producido este malestar. En primer lugar existe el he-

cho económico, la miseria del obrero, que sin duda alguna ha sido exagerada muchas veces por los especuladores de la revuelta y por los *dilettanti* superficiales, pero que sin duda alguna ha sido real, al menos hasta ahora. Porque, señores, hasta ahora no ha sido muy halagüeña la suerte del obrero. Trabajar desde la mañana a la noche, dejar sus herramientas de trabajo a la tarde para volver a tomarlas a la aurora; agotar sus fuerzas, y muchas veces quebrantar su salud en un trabajo penoso y mal retribuido; comer mal, vestir peor y vivir en una habitación incómoda, estrecha y malsana; sufrir todas las privaciones, hasta el hambre, cuando el trabajo falta; ver sombreada y amargada su vida por la amenaza constante de la enfermedad y de la vejez; ver que mientras él trabaja, mientras que él sufre, mientras que él, como un penado y un esclavo, arrastra la pesada cadena de sus sufrimientos y sus miserias, la opulencia saborea las delicias de un reposo perpetuo y se embriaga de deleite; recibir en todos los momentos las órdenes de los ricos; devorar en silencio todas las humillaciones; ver cerrado todo horizonte de progreso, viéndose condenado, aunque tenga energía, talento e iniciativas, a ser una rueda anónima del gran mecanismo de la industria; vivir así treinta o cuarenta años devorado por la fatiga física y por la angustia moral, y morir, en fin, en un asilo o en un hospital, dejando a sus hijos la misma herencia de miseria y sufrimiento, convengamos, señores, que no ha sido halagüeña, sino bien triste, hasta ahora, la suerte del obrero. (*Grandes aplausos.*)

## **No puede señalarse al culpable de esta situación**

Y no caeré yo, señores, en ese error, muy común, de atribuir todos los males a los ricos y a los capitalistas; porque, ¿puede señalarse al responsable de esta situación? ¿Puede decirse es la maldad de estos o de los otros la causante de los sufrimientos sociales? ¿Es justo poner todas las buenas cualidades sociales de un lado y todos los vicios sociales de otro? Todos somos siervos del pecado, dice San Pablo, y muy bien podemos aplicar a esta cuestión aquellas palabras que un poeta decía de la pasión del Salvador:

«Callad, humanos;  
todos en él pusisteis vuestras manos.»

Porque, si es cierto que la codicia, la usura voraz, la ambición, el egoísmo brutal, la explotación sin entrañas del capitalismo, ha reducido, como dice León XIII, a la mayor parte de los obreros a una miserable condición que no difiere mucho de la esclavitud antigua; si es cierto que les ha condenado a un trabajo superior muchas veces a sus fuerzas, negándoles el salario necesario para atender a las necesidades más perentorias de su vida y el mismo cumplimiento de sus deberes religiosos y familiares; si es cierto que ha abusado de la debilidad del sexo y de la edad, ultrajando a la misma Naturaleza; si es cierto que arrastrado por el egoísmo, jamás se ha

decidido a mejorar la suerte de sus obreros sino cuando la ley se lo ha exigido o la violencia se lo ha impuesto; si son ciertos éstos y otros muchos abusos, es también cierto, señores, que los obreros, por sus pretensiones inadmisibles, por sus reivindicaciones exageradas, por sus procedimientos violentos y casi salvajes, por sus atentados a las personas, a la propiedad y a la libertad del trabajo, por sus huelgas injustificadas, por sus envidias, por la corrupción de sus costumbres y el desorden y el despilfarro de su vida, han agriado y empeorado culpablemente su situación. Así que, señores, no se puede decir cuál es el causante de este malestar. Son muy complejas sus causas: el desarrollo del maquinismo; la revolución operada por los medios de transporte; el desarrollo, cada día más intenso, del gran comercio y de la gran industria, que ha puesto, como dice León XIII, en manos de unos pocos la producción; el dominio, o mejor dicho, la omnipotencia creciente del dinero; el predominio de las ideas manchesterianas y de la teoría pagana de la escuela liberal, que ha abierto las puertas de una concurrencia ruinosa y ha desnaturalizado, exagerándolo, el derecho de propiedad; la inseguridad del obrero; todas estas causas han producido este estado verdaderamente salvaje, que ha dividido a la sociedad en dos partidos, mejor diré, en dos bandos: el de los perros hartos y el de los lobos hambrientos. La ley, el tabique de la ley, todavía separa a estos dos partidos; pero se miran con odio y están preparados para la lucha.

Es por eso cierto lo que decía Schafle, que la



cuestión social es una cuestión de estómago, o, mejor, según las palabras de otro escritor, una cuestión de renta y de patrimonio.

### **El hecho económico no es el principal**

Pero el elemento económico no es el único en la cuestión social; si eso fuese cierto, la cuestión social sería tan antigua como la perversidad humana. La pobreza de los unos, el egoísmo y la injusticia de los otros, la envidia y el odio no son cosas nuevas en el mundo, mientras que la cuestión social, tal como hoy se presenta, es una cosa relativamente reciente.

Por otra parte, el socialismo, en su aspecto general, no fué al principio un partido de proletarios, ni nació en la mente de proletarios. Los que lo concibieron y divulgaron fueron soñadores y doctrinarios con ribetes de fanáticos y de utopistas, pertenecientes a la burguesía o a la aristocracia. Owen en Inglaterra, Saint Simon y Reclus en Francia, Marx y Lassalle en Alemania, Colins y César de Paepe en Bélgica, no fueron, ciertamente, proletarios. Y lo mismo podemos decir del socialismo contemporáneo. ¿En qué difieren, señores, sus más significados representantes de los más gruesos burgueses, sino en su deseo de reformar prácticamente la propiedad... ajena?

## **El hecho moral**

Hay, por consiguiente, en la cuestión social, al lado del hecho económico, el hecho moral, constituido por los errores y las pasiones de los unos y de los otros; pasiones insaciables y desenfrenadas. Por esto decía Ketteler que la cuestión social es una cuestión de cabeza y de corazón mejor que de estómago, una cuestión moral antes que económica y material. Su fuente es el desorden de las pasiones, que convierte a los bienes materiales y a la misma vida en fin, reduciendo el trabajo humano al nivel de la actividad de los brutos.

## **El hecho religioso**

¿Y cómo se explica este lamentable hecho moral? Por el hecho religioso. Ya he dicho antes que la fe se ha extinguido en el alma de las masas; esa fe que enseñaba al pobre que la vida era una prueba y no un festín; esa fe que decía al obrero en los días de su infortunio: «Levanta tu cabeza y mira al cielo, que muy pronto se acabará tu servidumbre». Han olvidado la corrupción original de nuestra naturaleza y la deuda de expiación inseparable de nuestra vida sobre la tierra. Han olvidado la divina economía del dolor, tan admirable y clara a la luz de la revelación cristiana, según la cual, el dolor forma parte de nuestra prueba moral sobre la tierra; prueba cuya amargura constituye precisamente su grandeza; prueba

que nos obliga a elegir entre el deber o la pasión; prueba que coloca el sacrificio de los bienes perecederos como condición indispensable de la conquista de los bienes eternos; prueba austera y sublime que en la ascensión dolorosa hacia las cimas gloriosas de la inmortalidad, obliga al alma humana a pasar por los desfiladeros sombríos del dolor y del sacrificio. Se han apagado las estrellas del cielo y con ellas la esperanza de una vida mejor y más clemente; y así locos, extraviados, hambrientos de felicidad, de esa felicidad que constituye la aspiración irresistible del corazón humano y que colocan sólo en las riquezas y en los bienes materiales de este mundo, se lanzan sobre ellos, exigiendo su puesto en el banquete de la vida, su parte de tierra y de sol, su hora de embriaguez y de poder, con las viejas satisfacciones de la venganza. Y si no pueden conseguir sus deseos por sí solos, los conseguirán por la organización obrera, que se impondrá desde luego al capital, del cual hará su humilde servidor; que se impondrá después a los Gobiernos, de los cuales exigirá, primero, la inercia; después, la complicidad, y, por último, la abdicación; que se impondrá, en fin, brutalmente, a todas las formas de derecho, que aplastará bajo la más execrable de las tiranías, la tiranía de las demagogías irresponsable, multiforme y siempre renaciente.

¿No lo vemos, señores, no lo contemplamos ya hoy día? Como la Cámara francesa, como la Convención francesa temblaba en otros tiempos delante de los clubs jacobinos y del Terror, hoy los Parlamentos y los Gobiernos débiles o cómplices tiemblan también

delante del Sindicalismo revolucionario, el cual, por medio de amenazas, de violencias, de huelgas injustificadas que detienen la vida de pueblos enteros, tortura a la sociedad para esclavizarla y dominar a los Poderes públicos por el miedo. Benedicto XV expone admirablemente todo esto en la Encíclica *Ad beatissimi*: «Como se ha introducido, dice, en los espíritus este pernicioso error, que el hombre no debe esperar en una vida eterna y bienaventurada, sino que es aquí abajo donde debe ser feliz, gozando de las riquezas, de los placeres y de los bienes terrenos, no es de extrañar que, hechos naturalmente para la felicidad, deseen con pasión la posesión de esos bienes. Y como estos bienes no están repartidos igualmente, y como, por otra parte, la autoridad social tiene por oficio impedir que la libertad de cada uno se desborde e invada la de otro, de ahí nace el odio de la autoridad, la codicia que inflama a los pobres a la vista de los ricos, las rivalidades y las luchas de clases entre los ciudadanos, los unos esforzándose en adquirir, por todos los medios, lo que les falta, y los otros, procurando retenerlos y aumentarlos.»

Es evidente que la cuestión social es, ante todo y sobre todo, una cuestión religiosa. De ella podemos decir lo que Proudhon, y mejor Donoso Cortés, afirmaban de todas las cuestiones que apasionaban al mundo: en el fondo de ello está la Teología; y como dice Claudio Fauet, «por cualquier lado que se miren los fenómenos de nuestro tiempo, se verá que la cuestión social no es sólo una cuestión de organiza-

ción económica, sino una cuestión exclusivamente religiosa.»

### ¿Cuál es la solución?

He aquí, señores, en toda su desnudez la cuestión social: desorden a la vez económico, moral y religioso. Y ¿cuál es la solución? Muchos se han acercado a la cabecera de la sociedad enferma, ofreciéndola sus drogas y sus específicos, que preconizaban como de una eficacia infalible; pero, señores, no eran, la mayor parte de ellos, sino unos impostores o unos malos curanderos.

No quiero detenerme en la solución materialista, solución ilusoria y simplista, que se detiene en la superficie, olvidando el elemento moral y religioso; solución que no es más que una transacción temporal con la pasión desordenada; solución que no es más que una transposición de la cuestión social donde se cambia la materia de litigio y de reclamación, pero no la lucha que continua más ardiente. ¿No lo vemos? ¿No nos lo dice así una dolorosa experiencia? Los obreros adquieren concesión tras concesión, ventajas que exceden muchas veces a sus mismas esperanzas, y, sin embargo, la solución se aleja, el abismo es cada vez más hondo, los espíritus están cada vez más desequilibrados y la tempestad ruge con más estruendo.

## La solución liberal

Lo mismo podemos decir de la solución liberal, que no es sino una antipática abstención de todo ensayo de solución, sacrificando con una placidez olímpica el pobre al rico, el débil al fuerte; la organización, dice Liberatore, de la tiranía del dinero y del despotismo del capital; una especie de agnosticismo que prescinde de toda ley moral divina y humana; una concepción arbitraria y apriorística en contradicción con los datos de la experiencia, al afirmar su fe en el progreso siempre creciente de la humanidad; sin advertir que ese progreso sino se dirige a tiempo, es una marcha fatal hacia la más bárbara de las tiranías y hacia el más espantoso nihilismo. Cree esta solución que la libertad es la panacea universal y el remedio único, sin advertir como dice un escritor, que la libertad en la vida es la abundancia, pero la libertad en el desierto es la muerte; que la libertad para los que conocen su camino, es el progreso, pero la libertad para los que lo ignoran es el extravío o las peligrosas aventuras; que la libertad para el fuerte es la independencia, pero la libertad para el débil es la opresión. «Entre el fuerte y el débil—decía Lacordaire—, la ley es la que redime y la libertad la que oprime».

## Socialismo y Catolicismo

Dos doctrinas, señores, se han presentado en el palenque, proclamando en alta voz que ellas poseen la solución del problema y el secreto de la paz, el

Socialismo, religión nueva llena de confianza en el porvenir, y el Catolicismo, religión vieja, pero que no teme a su ancianidad, porque es lo contrario de la decrepitud. Ya en su tiempo decía Donoso Cortés: «Dentro de cuarenta años Europa ha de ser, o católica o socialista»; y el leader del socialismo francés, Jaurés, decía: «dentro de muy poco, dos fuerzas se disputarán el dominio del mundo: el socialismo integral y el catolicismo integral».

### **El Socialismo no es la solución**

El socialismo, señores, es indefinible, no tiene un programa, es un conjunto de aspiraciones y de teorías muy diversas, no es una unidad orgánica, es una unidad de combate; sin embargo, es una religión, que pretende resolver en su vasta síntesis todos los problemas de la vida humana. Sus dogmas principales son: la concepción materialista de la vida y el colectivismo; y sus medios de propaganda el odio, las pasiones violentas, la lucha de clases.

Es, por consiguiente, el socialismo, una religión negativa que podrá destruir, pero de ninguna manera podrá edificar. Tal vez, el socialismo tendrá un mañana, porque Dios le elija para ejecutor de sus venganzas contra la sociedad prevaricadora y culpable; pero no tiene porvenir, porque no puede tenerle esa religión de odios y de materia, limitada como nuestros horizontes, fugitiva como nuestras vidas, con un ideal deformado, utópico y miserablemente estrecho; esa religión que niega a Dios para divini-

zar al hombre; que predica la rehabilitación de la carne; que destruye la propiedad individual y con ella todo estímulo; que niega la familia por el amor libre y vagabundo; que niega la Patria proclamando la humanidad sin límites; que niega la libertad sometiendo al hombre a la esclavitud del Estado y de la colectividad omnipotente; que destruye la emulación porque no hay responsabilidad que estimule el esfuerzo, que apaga la esperanza aún terrestre porque el nivel pesa y nadie puede salir de su número, que niega la misma personalidad humana, reduciendo al hombre al nivel del bruto, sin otros goces ni satisfacciones que los del vientre, el ideal de la comida y del vino de que hablaba Lamartine. Su triunfo, como lo demuestra el bolchevismo y la dolorosa experiencia de Rusia y de otros desgraciados países, no inicia una era de prosperidad, de abundancia y de bienestar para el obrero y el proletariado; no es la aurora brillante de ese día de redención tantas veces anunciado por los profetas y por los heraldos del socialismo, sino el triste y sangriento ocaso de todo progreso y de toda libertad, precursor de la noche, de la miseria y de la barbarie en que necesariamente se vería sumida la sociedad si esas doctrinas se estableciesen definitivamente en el mundo. (*Muy bien, aplausos*).



## **La solución verdadera es la solución católica**

El problema es de tal naturaleza, dice León XIII, que si no se recurre a la Religión y a la Iglesia, es insoluble. Sólo la Iglesia tiene en el Evangelio doctrinas capaces de impedir que el conflicto estalle, o, al menos, de dulcificarlo, quitándole su acidez y dureza.

La verdadera doctrina social es una síntesis amplia, que sin olvidar el hecho económico, como hace la solución liberal, abraza el hecho moral y religioso, que es el principal, en frente de la solución materialista y socialista que lo niegan y lo combaten. Y la fórmula de esta síntesis es, no un socialismo cristiano cuyo nombre debe en absoluto rechazarse, sino el catolicismo social.

## **El Catolicismo social, no es un Catolicismo nuevo**

He de advertir que este nombre de catolicismo social no es un nombre propio, no es sino provisional y aceptado nada más que a falta de otro mejor para fijar la atención sobre un aspecto ignorado y olvidado de la Religión. Porque no se trata de inaugurar un catolicismo nuevo, rejuvenecido, acomodado a la moda del día para agradar a los espíritus modernos o para satisfacer las necesidades presentes. Por el contrario, es preciso permanecer fieles al verdadero, al único, al integral Catolicismo, al Catolicis-

mo de todos los países, de todos los tiempos y de todos los hombres; al Catolicismo que, inspirado por la palabra de Cristo, contiene la solución de todos los problemas antiguos y modernos. No se trata de imponer al Catolicismo una misión para la cual no estuviera primitivamente preparado, sino de extraer todas las riquezas que contiene. «Es uno—decía el Cardenal Manning—católico social en la misma medida que es católico doctrinal».

### **¿En qué consiste la solución católica?**

He de advertir, en segundo lugar, que la Iglesia no tiene ninguna teoría económica, que no es favorable ni adversa a ninguna, porque no es esa su misión ni su fin, como no tiene ninguna teoría científica ni política. Ella respeta todas las opiniones que no ataquen a la verdad, como respeta todas las formas de Gobierno que se mantienen dentro de las formas del Bien de la Verdad, del Derecho y de la Justicia. De la misma manera respeta todas las teorías económicas que no lesionen la Verdad, el Derecho, el Bien y la Justicia. «La Iglesia—dice el P. Félix—no tiene otro secreto para resolver los problemas sociales que su influencia, lenta, pero eficaz, en el corazón de los hombres y de la sociedad, en el que penetra su aliento. El Cristianismo no tiene pretensiones de economista ni de reformador; no anuncia al mundo medios infalibles de apaciguar el hambre y de saciar la sed, de exterminar la miseria y de

repartir el bienestar para todos, porque esa no es su misión ni su ministerio principal. La Iglesia trae al mundo el reino de Dios y la riqueza sobrenatural, diciendo a los pueblos: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.» Creando en las almas el reino de Dios, es decir, el reino de la Verdad, del Derecho y de la Justicia, el reino de la belleza y de la santidad moral, es como da a la sociedad la paz, el bienestar y el progreso.

He aquí, señores; la solución cristiana de la cuestión social, la reforma moral de las almas operada por el espíritu cristiano. La cuestión social—decía Clemenceau—se habrá acabado el día en que todos los hombres sean verdaderamente cristianos. Porque, señores, cosa extraña y admirable: esta sociedad, tan agitada y tan convulsa, tiene todos los medios humanos para ser feliz; tiene ilustración, tiene cultura, tiene riqueza; ha dulcificado las costumbres, ha hecho menos dura la legislación, ha humanizado la guerra, ha mejorado todas las condiciones materiales de la vida y estrechado por la rapidez de las comunicaciones la solidaridad y fraternidad de los pueblos, ha hecho llegar a las clases más humildes el confort y la diversión, y sin embargo, a esta sociedad, que parece tener todo, parece que al mismo tiempo le falta todo, porque le falta la paz, y le falta la paz porque le falta poca cosa: le falta Dios. Y faltando Dios en el corazón, en la inteligencia y en las relaciones sociales, ese vacío de Dios, inmenso, insondable como el abismo, no lo llenan los progre-

sos materiales, ni las conveniencias, ni la riqueza; la paz es algo superior a todo eso; la paz social, como la paz individual, no existe donde no reina la ley moral, y ley moral verdadera no existe si no se apoya en Dios y en la Iglesia.

Por eso, señores, la cuestión social no se resuelve con leyes y con reformas económicas, que si las almas no se reforman, pudiera suceder que en vez de curar el mal lo irritasen y se convirtiesen en leños que atizasen el fuego de las audacias populares alentadas por esas mejoras arrancadas por el miedo; ni se resuelve por las armas impotentes para detener la marcha devastadora de la anarquía, que nace de las inteligencias y de los corazones. Vosotros—decía el ilustre Conde de Mun en la Cámara francesa—, vosotros que queréis la paz y la conservación social, ¿qué argumento tenéis, tan fuerte y tan eficaz para su salvaguardia? ¿Acaso las doctrinas de una economía política de la cual los hechos demuestran cada día la impotencia? ¿Tal vez las leyes económicas votadas por la mayoría de hoy y deshechas por la mayoría de mañana? ¿Quizá la ciencia, que es la gran triunfadora de nuestros tiempos? Todo esto puede satisfacer las necesidades materiales, todo esto puede elevar e iluminar las inteligencias; pero es impotente para llegar a las almas, y toda obra social que no llegue a las almas, es perecedera. La cuestión social, decía Sabatier, no se resolverá en los hechos, si no es antes resuelta en las almas.

Han hecho, señores, bancarrota definitiva—yo lo afirmo—, todos los medios inspirados por el espíritu

laico y neutro, es decir, sustraídos a la influencia católica; bancarrota de las legislaciones obreras, que prometían traer la paz, y la paz no existe; bancarrota de la Economía política, que anunciaba la prosperidad y el progreso, y eso no existe: bancarrota de las utopías filantrópicas; bancarrota de todas las esperanzas humanas fundadas sobre sistemas, sobre personas y sobre acomodamientos. «Me abandonaron a mí—dice Dios a Jeremías—, me abandonaron a mí fuente de aguas vivas, y han hecho cisternas disipadas y rotas que no pueden contener las aguas.» Todas las obras, todas las instituciones sociales que en la antigüedad resolvieron el problema social, brotaron sobre el viejo tronco de la Humanidad, cuando éste estuvo vivificado por la savia del espíritu cristiano; brotaron como flores, como frutos de ese espíritu, y eso es lo que tiene que suceder hoy, señores: todas las obras, todas las reformas sociales y todas las instituciones económicas que no nazcan del espíritu católico y estén vivificadas por él, serán inútiles, si no son perjudiciales y nocivas. (*Aplausos.*) Sólo la Religión puede destruir el mal en su raíz: decía León XIII, y sin la restauración de las costumbres cristianas, todos los medios sugeridos por la prudencia serán ineficaces y estériles.

La sociedad, señores, se encuentra en una disyuntiva terrible: o vuelve al caos y a la barbarie, o tiene que apelar al único remedio que le queda, que es Cristo. *Et non est in alio aliquo salus.*

La marea del socialismo y de la anarquía, que es la última etapa de ese desarrollo fatal del principio

de apostasía que anima la Edad Moderna, y que empieza con la revolución religiosa, sigue con la revolución política y termina con la revolución social, no se rompe ni se detiene sino ante los muros de la Iglesia. Ella es la única fuerza moral capaz de reformar las almas. Ella es la única que puede inspirarles esas virtudes de abnegación, de austeridad, de sacrificio, de caridad, de justicia, que matarán el egoísmo de los de arriba y la envidia y el odio de los de abajo. La paz no se hará sino cuando los pobres y los ricos, los capitalistas y los obreros se den el ósculo y el beso de la paz, y, señores, ese beso y ese ósculo divino, no se lo han dado nunca, ni se lo darán jamás, sino en los brazos de Jesucristo. (*Muy bien.*)

Esto es tan claro, señores, que no se comprende la ceguedad de aquellos que no lo ven. Y, sin embargo, se ha apelado a todo para resolver el problema social, y sólo esto se ha olvidado. Muchos, entre las clases directoras, cegados por viejos prejuicios anti-religiosos, a semejanza de aquellos decadentes y relajados bizantinos que, sitiada Constantinopla por los turcos, preferían el turbante de Mahomet a la tiara pontificia, sitiada la sociedad por la demagogia salvaje, prefieren el triunfo de la revolución y de la anarquía antes que la restauración cristiana. Otros, los beatipossidentes, en las horas de angustia, ante los atentados terribles, se vuelven a la iglesia solicitando su influencia, pero no porque deseen la verdadera paz, la paz social, fundada en la justicia y regulada por el amor, sino para que, así como el Esta-

do con los fusiles de sus soldados, así el sacerdote, con sus exhortaciones a la paciencia y a la resignación, sujete al pueblo para que ellos puedan continuar comiendo y digiriendo tranquilamente. Y aun los mismos católicos militantes ponen demasiada confianza en los medios humanos de la organización, de la legislación, de las reformas económicas, olvidando o relegando a segundo término la reforma moral y religiosa de la sociedad. Y, señores, si la acción social católica se propone únicamente como fin el elevar a las clases, el abaratar géneros, el borrar desigualdades, el resolver problemas económicos, no procurando lo otro, es decir, hacer al pueblo cristiano, de la misma manera y dándole el lugar principal o dejando que resulte de todos esos beneficios materiales y económicos, conseguirá sólo efectos parciales y pasajeros, porque no habrá tocado al mal en su raíz, y verá una vez más cumplido aquello que decía el ingenioso y celosísimo Obispo de Málaga, que «quien da pan al perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro»; que si al pueblo no lo hacemos nuestro por la religión, será siempre nuestro enemigo, que se aprovechará de los mismos beneficios que por medio de nuestras obras sociales le concedamos, para combatirnos y para hacernos la guerra, viniendo a nuestro campo a recoger el pan, para ir a comérselo a las tiendas anarquistas y socialistas. (*Aplausos.*)

## Elogio de León XIII

Y, señores, ¿quiere esto decir que nosotros despreciemos las reformas económicas? De ninguna manera; y trazado está nuestro programa por aquel gran pontífice—y permitidme estas palabras, expresión de mi reverente amor y de mi admiración hacia León XIII—, el maestro de los maestros, el Pontífice augusto, que teniendo su cabeza coronada con todas las grandezas y nimbada por todas las glorias, artista como León X, restaurador de la filosofía escolástica como Juan XXII, pacificador del cisma como Eugenio IV, político como Sixto V, más erudito que Benedicto XIV, tiene como su título más ilustre, como su gloria más legítima, el de Papa de los obreros, que mereciera por aquella Encíclica, *Rerum novarum*, magnífica carta de redención, que extrae de la mina inagotable del Evangelio, el rico tesoro de las verdaderas soluciones sociales; León XIII, el doctor inmortal, cuyo impulso fué tan poderoso, cuya palabra fué tan eficaz, cuyas enseñanzas fueron tan fecundas en obras e iniciativas sociales, que con razón ha podido decir Brunettiere: «Si se ha levantado en el mundo como un espíritu nuevo, cuyo soplo penetra en cierto modo las instituciones que sobreviven aún del pasado; si la organización de las leyes que se llaman sociales ha llegado a ser la gran preocupación de todos aquellos que no creen que el mandato popular les ha sido dado sólo para servicio exclusivo de su política—lo que en buen francés y tam-



bién en buen español quiere decir para servicio de su ambición y de sus particulares intereses—; si se ensaya rehacer sobre la base de la solidaridad a la sociedad cuyo progreso material había como cegado sobre la insuficiencia de una moral que en el fondo no era sino una economía política, nadie ha contribuido tan poderosa y eficazmente como León XIII.»

### **Dignidad y derechos del obrero**

La voz de León XIII, señores, se levantó solemne, acusadora y vibrante para reivindicar la condición humana del trabajador, la dignidad del trabajo, contra las teorías liberales y económicas que lo consideraran como una mercancía sujeta a la ley de la oferta y de la demanda, como una prolongación de la máquina, como el carbón y el cok, según frase expresiva de Decurtius.

De esta condición del trabajo nacen para el obrero derechos primordiales e importantísimos. En primer lugar, tiene derecho a la vida; el obrero tiene el derecho a vivir; por consiguiente, tiene derecho a un salario suficiente para atender a su vida y a su subsistencia. Pero, señores, vivir no es sólo no morir de hambre; esto apenas bastaría a los brutos; vivir es alcanzar el pleno desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y morales. Por consiguiente, el obrero tiene derecho a no usar antes de tiempo de la parte de fuerza que del Creador ha recibido; tiene derecho a que, cuando es niño y su vida necesita de la atmósfera vivificante del hogar doméstico donde

su tierno aliento respira todos los elementos de fuerza que han de hacerle hombre, a no ser arrojado al fondo del taller y de la fábrica, donde su vida—¡pobre flor de Dios!—se ve obligada a respirar un aire impregnado de elementos que la lastiman en vez de vivificarla y que la hacen replegarse sobre sí misma, languidecer, marchitarse y muchas veces morir antes de haber recibido su dilatación y, si así puedo decirlo, antes de haber vivido; tiene derecho a que el trabajo a que se le somete no sea una carga demasiado pesada para sus fuerzas, que agote sus energías, y a que se realice en condiciones que no perjudiquen su salud y amenacen su vida; tiene derecho a reparar sus fuerzas en un día a la semana, consagrado al descanso y a la vida del espíritu en el cual su alma, encorvada constantemente sobre la materia, respire un aire más vivificante que el del taller o el de la fábrica, en el cual la Religión conforte su espíritu abriéndole el camino de la inmortalidad y de la gloria y derramando un poco de poesía sobre el fondo gris de su vida; tiene derecho, salvo el caso de una vocación especial superior, a formarse un hogar, a colocar en él a su mujer y a sus hijos, amarlos, a alimentarlos, a educarlos; tiene derecho a una cierta seguridad del mañana; tiene derecho a que cuando la enfermedad y la vejez agoten sus energías y hagan caer rendidos sus brazos, impotentes ya para el trabajo, se vea a cubierto de la miseria, sin verse en la triste necesidad de morir en un hospital o condenado después de una vida de trabajo honrado a arrastrar por las calles su cuerpo estropeado y cansado para

implorar la caridad pública, exhibiendo ante los hombres, para moverlos a compasión, el espectáculo de su miseria y de su impotencia. Estos derechos, señores, primordiales, imprescriptibles, fluyen de la misma personalidad humana; Dios los ha grabado con caracteres indelebles en el fondo de toda conciencia humana.

### **Injusta organización social**

Y qué, señores, ¿están garantidos estos derechos en nuestra sociedad? Cualquiera que mire, dice un escritor, cualquiera que mire serenamente desde un punto de vista elevado a nuestra sociedad, sobre todo si antes de mirarla en su conjunto ha sondeado todos sus detalles, verá un espectáculo que es, para toda conciencia cristiana, un escándalo. La sociedad, ha dicho otro escritor, está en estado de pecado, y de pecado mortal. Su organización se parece a esas tablas antiguas que representan el Juicio final, donde sólo algunos elegidos triunfan en la luz, mientras que la mayor parte se agitan o duermen en la sombra de los sepulcros. La vida humana, humanamente concebida, como desarrollo armonioso de todas nuestras potencias, como participación en las ventajas, en los placeres legítimos y sanos, en las satisfacciones honrosas que de parte de Dios la tierra y la sociedad pueden ofrecer a sus convidados; la vida así concebida, señores, es de muy pocos; la mayor parte está excluída y vegeta en la miseria.

Y ¿creéis vosotros que se puede hablar de civiliza-

ción mientras subsista un estado de cosas tan anormal? La civilización es la vida en sociedad consiguiendo todos sus frutos, hallando camino para llevar la savia a las ramas más distantes, vivificando todas las yemas para que produzcan flores u hojas, según las exigencias de su naturaleza. Pero un árbol, compuesto en su mayor parte de ramas muertas, no es un árbol, es un leño. Una sociedad compuesta en su mayor parte de muertos, es decir, de seres, que no participan suficientemente de los bienes sociales y naturales, es una aglomeración a la cual se le puede dar cualquiera nombre, pero no el de sociedad civilizada. Seremos civilizados cuando hagamos vivir a todos los hijos de la gran familia nacional, cuando no haya otras miserias que las buscadas voluntariamente o debidas a fatalidades invencibles que se escapen a nuestra previsión y a nuestro esfuerzo.

Siempre, desgraciadamente, habrá miseria en nuestra tierra; siempre habrá pobres entre vosotros, dijo Jesucristo. Y esto es verdad, porque la naturaleza está desordenada, y la humanidad también es víctima del desorden, y el conflicto de las fuerzas interiores y exteriores, produce accidentes, produce miserias que se escapan a nuestra previsión y a nuestro esfuerzo. Pero todas las miserias y todas las pobrezaas deben prevenir exclusivamente de estas dos causas, y hay muchas, señores, que son debidas a la imprevisión y a la incuria sociales, hay muchas que son producidas por esa altiva indiferencia de un pretendido liberalismo que deja abandonados a los débiles bajo la rueda del carro de los fuertes; hay muchos

nacidos del egoísmo satisfecho a quien le parece que todo va bien, porque sus negocios prosperan. Y señores, todas estas desigualdades, toda esta pobreza, es necesario que desaparezca. Que el impotente, que el raquítico, que el incurable sea un pobre se concibe, y aun para él la sociedad debe organizar socorros, pero que el obrero sea un pobre, señores, eso es un desorden; que su salario que representa su aportación a la empresa social no sea bastante para sostener su vida, eso es un desorden; que su familia, prolongación natural de su ser, no pueda vivir feliz con su trabajo, y se vea obligado a verla sufrir, ese es un desorden; que el esfuerzo de un trabajo continuado, sostenido por una prudente economía, no baste a asegurar su vejez y procurarle con lo indispensable, el pequeño bienestar al cual tiene derecho toda vida humana, y en su ocaso y en los días de la debilidad y de la decadencia, ese, señores es un desorden.

Ahora bien, un desorden que es remediable, y en la medida que es remediable, es, por parte de la sociedad, una injusticia. La sociedad es necesario que se organice de tal manera, que no deje a la casualidad, a la fatalidad natural y a la misma caridad, sino aquello que ella misma no pueda remediar. Ante la fatalidad inevitable, señores, es también la resignación inevitable, porque Dios y la Providencia, es la que le ha enviado; pero ante lo que es remediable no se puede invocar la resignación. No podemos resignarnos a ser mal dirigidos y mal gobernados y mal organizados; es necesario quejarse para que nuestras

quejas aprovechen a otros; es necesario gritar si tenemos voz; obrar si tenemos influencia, y sin atacar a los derechos adquiridos, sin adular a la miseria ni exacerbarla, trabajar para secar sus fuentes, sin nivelar, porque eso sería matar la vida, trabajar para organizarla de tal manera, que el éxito sea fruto del esfuerzo y del trabajo, impidiendo que el egoísmo y la casualidad tengan como hasta aquí, la balanza de los destinos humanos. Es necesario, señores, como ha dicho alguien acertadamente, que el trabajo y la miel se repartan más equitativamente entre las abejas de la inmensa colmena humana. (*Aplausos*).

### **El espíritu del Catolicismo social**

¿Y cómo, señores conseguir esto? He aquí como pretende conseguirlo el catolicismo. El espíritu que anima a la acción social católica, no es el egoísmo de la escuela liberal, no es tampoco el odio y la lucha de clases del socialismo, es el amor de Dios y del prójimo por Dios. Por consiguiente, no quiere la destrucción de la sociedad, pero tampoco quiere su conservación estática; quiere de esta sociedad, lo que Dios quiere del pecador: que se convierta y que viva, que se reforme por el amor y por la justicia, que corrija sus defectos y se arrepienta de sus pecados.

Ya he dicho, señores, que la Iglesia no tiene ninguna teoría económica, está por encima de todo sistema, lo que le permite abrazar a todos y no condenar ninguna teoría económica por atrevida que sea,

mientras corra por los cauces de la verdad, de la justicia, de la paz y del derecho. Todas las reivindicaciones justas, todas, pueden y deben entrar en el programa social del Catolicismo (sea participación en los beneficios, participación en la dirección de las empresas, supresión del salariado, como decía el otro día un eminente sociólogo católico; pues si eso es justo, todo puede caber dentro del programa social del Catolicismo), porque creemos que la manera mejor de combatir al socialismo es quitarle todas sus reivindicaciones justas, es formar una conciencia social que reconozca sus deudas y las sepa pagar liberalmente. Por esto el Catolicismo no tiene nada que ver con todos esos que se llaman católicos y que no son en el fondo más que adoradores del Dios oro, que creen que la riqueza no tiene deberes ni está obligada a levantar y mejorar al obrero que le sirve y que Dios ha puesto bajo su protección; olvidan aquellas palabras de San Pablo: «El que no tiene cuidado de sus domésticos, ha negado la fe y es peor que un infiel». No tiene nada que ver con esos, aunque se llamen católicos, que apegados a la vieja teoría que permite a la omnipotencia del capital atropellar los derechos del trabajo, se han mostrado opuestos a toda reglamentación y a toda reforma que vele por los fines de la justicia en las relaciones del capital y del trabajo, y nulos e indiferentes ante los conflictos y necesidades sociales no han hecho ni dicho nada; haciendo con su conducta un daño inmenso al Catolicismo, porque los obreros a los cuales no se puede exigir un gran espíritu crítico y juzgan por eso

fácilmente de las doctrinas por sus discípulos, han confundido a los católicos con ese grupo de plutócratas partidarios y defensores de un estado social, cuyos vicios e injusticias aparentan ignorar, porque se aprovechan y benefician de ellos, y han mirado con recelo al Catolicismo, considerándolo como una religión para los ricos, reaccionaria en el orden político y hostil a las libertades modernas, pero conservadora en el orden económico y defensa del orden social establecido y de la injusta organización actual.

Por último, señores, y voy a terminar, porque os canso (*denegaciones*), y yo también me fatigo. La Iglesia, o, mejor dicho, los medios preconizados por el catolicismo social para conseguir esas reformas económicas, son, principalmente, dos: la organización, la asociación profesional y la intervención del Estado.

### **La asociación profesional**

Queremos, señores, y defendemos la asociación profesional, la cual, sin caer en el error de algunos católicos, que la consideran como una institución de derecho natural, como la familia o la ciudad, la creemos necesaria para la organización perfecta de la sociedad y el medio más poderoso para la paz social. No queremos, señores, esas asociaciones organizadas para hacer la revolución y servir de instrumento a la obra destructora de los partidos políticos revolucionarios y cuyo único objeto parece ser exaltar el



odio de clases y las pasiones populares, promoviendo esas huelgas que, si pueden ser legítimas en ciertos casos, son siempre peligrosas, como esos remedios extraordinarios que arruinan al enfermo sin curarle, o como esas operaciones delicadas y difíciles, cuyo éxito es muy raro y precario, porque en esas huelgas padecen siempre la libertad, el orden público, los intereses generales de la sociedad y los intereses particulares de los trabajadores, y en las cuales las pasiones excitadas se entregan fácilmente a actos violentos y a siniestras represiones; sino que queremos esas asociaciones que son verdaderamente profesionales, es decir, organizadas no para la lucha, sino para procurar, por medios legítimos, el mejoramiento y progreso material y moral de los asociados; asociaciones que son pacíficas uniones de los derechos, de los deberes y de los intereses de todos, en las cuales la caridad y la justicia regulan las relaciones del capital y del trabajo, previenen y resuelven los conflictos, procuran al obrero, económicamente, todo lo necesario para la vida, y tratan de realizar todas sus reivindicaciones justas; asociaciones abiertas a todas las inteligencias, a todas las energías, a todas las buenas voluntades, sin otro privilegio que una libertad ampliamente otorgada y lealmente protegida; asociaciones que, inspiradas por el espíritu cristiano, son una salvaguardia de la moralidad, de la paz y de la educación del obrero; queremos, en fin, esas asociaciones que sean una resurrección de los antiguos gremios, sino en su organización mixta, que es, según Tonido, el tipo normal corporativo,

pero difícil y poco viable en las condiciones de la producción y de la industria modernas, al menos en su espíritu de amor, de justicia y de progreso cristianos. (*Aplausos*).

### **La intervención del Estado**

Pero, señores, la asociación, por sí sola, al menos en su estado actual, no puede realizar toda la reforma económica, por eso reclamamos la intervención del Estado; después de la Encíclica *Rerum novarum*, somos intervencionistas, aunque algunos católicos hayan sido, según frase de León Gregoire, intervencionistas de mal humor. Nosotros no queremos un Estado-policía que se contente con proteger el derecho; queremos un Estado que atienda el interés público, que vigile sobre el mundo del trabajo, que promueva todos los intereses legítimos. Así como en religión rechazamos el Estado neutro, también en el orden económico rechazamos el Estado neutro. La neutralidad podrá ser, algunas veces, una necesidad; pero nunca puede ser un principio. Ciertamente, si los obreros estuvieran ya corporativamente organizados y pudieran por sí mismos defender sus intereses, nosotros, entonces, limitaríamos mucho la intervención del Estado. A un máximo de organización, un mínimo de intervención; por consiguiente, a un mínimo de organización como la que tenemos ahora, un máximo de intervención. Queremos una intervención que siga el camino medio entre la esclavitud del Estado socialista, que mata la libertad y

absorbe al individuo, y el abstencionismo de la escuela liberal. Rechazamos, igualmente, decía el Conde de Mun, el liberalismo anticristiano y el socialismo del Estado; no queremos en el Poder público, ni la indiferencia y la abdicación de su deber social, ni el despotismo, que le permitiría absorber en sus manos todas las fuerzas vivas de la nación.

El Estado debe ejercer al menos dos funciones: vigilar sobre el mundo del trabajo para corregir todos los abusos y elaborar una legislación social que regule equitativamente las relaciones del capital y del trabajo y convierta en realidad las aspiraciones justas.

### **Labor admirable de los católicos sociales**

Yo quiero aprovechar, señores, esta ocasión para rendir un tributo de admiración y gratitud a la labor admirable y fecunda de los católicos sociales. Puede decirse con toda verdad que todas las grandes instituciones y leyes sociales que constituyen la parte más hermosa de nuestra civilización y de que justamente se envanece la sociedad moderna son debidas a ellos. Ellos han sembrado a manos llenas, con generosidad y abnegación de apóstoles, las grandes ideas de redención y de justicia sociales. Y todas las instituciones y leyes sociales son frutos de esa semilla, frutos que el pueblo recoge muchas veces con ingratitud y que reclaman como suyos los enemigos, porque, como dice Flornay, la desgracia de los acontecimientos modernos ha atribuído a Gobiernos hostiles el mérito de reformas iniciadas por los católicos.

## Conclusión

Pero, señores, voy a terminar. Por mucho que hagamos, por mucho que trabajemos para extender el bienestar y la abundancia a todas las clases, siempre esta tierra será un valle de lágrimas, y el dolor, la miseria y la muerte patrimonio de la vida humana, maldecida por el pecado. Y en este estado, señores, no podrá haber, no habrá paz si no existen las virtudes cristianas, la caridad, la resignación, la esperanza en una vida mejor. Por esto, y sean éstas mis últimas palabras, que dirijo a todos los que trabajan en todos los partidos y por todos los medios para conseguir ese fin que todos anhelamos, la salud y la felicidad del pueblo, de los obreros, que amamos. En nombre de ese mismo pueblo, yo les ruego que miren a donde conducen esas doctrinas que prometiéndolo el paraíso en la tierra apagan la fe en las almas y con ella la esperanza en la inmortalidad, rompiendo de este modo el dique al torrente devastador de las más groseras concupiscencias y viles egoísmos, que harán de la tierra, no un paraíso, sino un infierno del cual han huído el orden y la esperanza.

Señores, trabajemos para satisfacer todas las necesidades legítimas del pueblo; pero levantemos al mismo tiempo su alma en alas de la Religión hasta Dios, y dándole el viático necesario para el camino, procuremos, señores, que sobre su cabeza brillen siempre los destellos de un mundo mejor y de una felicidad más completa y más grande que la de esta tierra. (*Grandes y prolongados aplausos.*)